



José Luis Lanuza

△ ▽

△ ▽

△ ▽

Vivir en novela

«Del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que»... su vida leída empezó a superponerse a su vida vivida y se creyó personaje de romance o de novela, Amadís o Roldán. ¿Quién no se cree un poco personaje, forjado por la imaginación? ¿Quién no se extraña de que muchas veces la estimación ajena no coincida con la propia?

El personaje que nos creemos suele estar basado en lecturas. Hay quien se cree el marqués de Bradomín. Hay quien se cree Margarita Gautier. (¿Re cuerdas que querías ser una Margarita Gautier?) Hay quienes se creen Tristán e Isolda. Hay quien se cree (y esto es más triste) Napoleón. Se han señalado personificaciones más complicadas: «Víctor Hugo era un loco que se creía Víctor Hugo».

A cada rato afluyen reminiscencias de libros en la vida. Paolo y Francesca se creen por un momento Lancialotto y Ginebra. El libro es el mediador de estas transustanciaciones (*Galeotto fu il libro e chi lo scrisse*). La pobre Francesca experimenta las -54- pasiones que ha leído. «Hay gente -advierde el duque de La Rochefoucauld- que nunca se hubiera enamorado si nunca hubiese oído hablar de amor».

El Lancialotto que perturba a Francesca es el mismo Lanzarote con quien se confunde el ingenioso hidalgo.

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote...
Como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino.

En tiempos del Quijote la cantinela del romance iba acompasando la vida. Vida y romance podían superponerse sin dificultad. El romance acompaña a los conquistadores de América. En Méjico -cuenta Bernal Díaz del Castillo- uno le dice a Cortés:

-Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad...

Estaban conquistando un imperio que no se parecía a ninguno de los conocidos. Era una aventura inédita, pero sus protagonistas, para apoyarse en la realidad, acudían a sus viejas lecturas. El mismo Bernal Díaz sabe que está viviendo «cosas nunca oídas, ni vistas ni aun soñadas», pero para explicar sus emociones recurre a la novela de Amadís: «Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas -55- en el agua, y en tierra firme otras tantas poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís»...

Novelas de caballería bullían en todas las imaginaciones. Ya antes de que se escribiera el *Quijote*, cuenta Zapata en su *Miscelánea*, hubo un loco que imitó, enamorado, las locuras de Orlando.

En *La dama duende*, el criado gracioso, Cosme, que se ve envuelto por equivocación en una aventura, se pregunta:

-¿Yo soy Cosme o Amadís?
¿Soy Cosmillo o Belianís?

Una alusión novelesca puede agregar intensidad a nuestra vida común. El general San Martín, refiriéndose a su gobernación de Mendoza, la llama «mi ínsula cuyana». Recuerdo cervantino que ennoblecía su cargo con un regusto de encanto y desencanto.

La vida suele traer aventuras que regocijan porque ya uno las ha leído y al vivirlas tiene la sensación de revivirlas. Todas las posibilidades de vida parecen estar escritas, no ya en el gran libro de las estrellas que Calderón gustaba describir pomposamente, -56- sino en los simples libros de papel y tinta. El «estaba escrito» de los fatalistas puede repetirse con una intención menos trascendental.

Las innumerables existencias humanas se nos muestran sujetas a un repertorio limitado de figuras ya previstas en los libros. Cuando don Quijote se determina a cambiar de vida, vencido y cansado de aventuras, piensa en la vida pastoril de las novelas. Pasa de la novela de caballerías a la novela de pastores. De *Amadís* a la *Diana* de Montemayor.

Y no se piense que esta locura es sólo de don Quijote. En Francia (y gran parte de Europa) durante el siglo XVII y XVIII, mucha gente se ve atacada por la manía pastoril. Las marquesas se disfrazan de pastoras. La *Astrea* de D'Urfé, una imitación francesa de la *Diana* de Montemayor, atiborra las cabezas de fantasías idílicas: «En Alemania - cuenta Menéndez y Pelayo- veintinueve príncipes y princesas, y otros tantos caballeros y gentiles damas fundaron una Academia de los verdaderos amantes, para remedar todas las escenas del famoso libro, tomando cada uno de los socios el nombre de un personaje de la *Astrea* y reservando el de Céladon para el mismo D'Urfé, a quien dirigieron el 10 de marzo de 1624 una extraña carta desde «la encrucijada -57- de Mercurio». Los bosques del Forez, patria del autor y teatro de sus idilios, fueron un sitio de peregrinación sentimental, que todavía Juan Jacobo Rousseau pensó hacer, aunque desistió al saber que aquel país estaba lleno, no de cabañas pastoriles, sino de fraguas y herrerías, según cuenta en sus *Confesiones*.

La gente novelera (¿y quién no lo es en mayor o menor grado?) busca por el mundo los escenarios de sus novelarías. Muchos han viajado para revivir andanzas de Pierre Loti y se fastidian si el mundo les presenta, en lugar del que habían leído, un espectáculo inédito. (Personas llegadas a Constantinopla se han visto desencantadas al no encontrar las «desencantadas»).

Pero el mundo suele repetir sus espectáculos (variados, aunque no infinitos) como para que los lectores refresquen en ellos sus antiguas lecturas. Un jesuita italiano, Cayetano Cattáneo, que llegó a Buenos Aires en 1729, daba noticias a su hermano de las cosas extrañas que había visto durante el viaje, entre otras, una tempestad en el mar. «No esperes de mí la descripción -le previene, la encontrarás en los poetas y en los historiadores».

La sensación de vivir algo realmente nuevo no -58- es cosa que se dé con facilidad. Colón, en el Nuevo Mundo, encuentra paisajes de Castilla o de Andalucía. Ve sirenas (aunque «no eran tan hermosas como las pintan») y cree estar cerca de las amazonas, o del Gran Khan. Todas cosas leídas en los libros. Hasta cree oír cantar al ruiseñor. Y eso que Colón era muy gustador del paisaje. A cada rato se arroba en la belleza del mundo que contempla. Cree estar cerca del Paraíso. «Parecía que estaba encantado», dice. Sensación de novela de caballerías.

Es más fácil ver lo que ya está escrito, o pintado, o filmado. Hay gente que no ve el paisaje hasta que no lo encuentra parecido a un cuadro. Así se hace cierta la paradoja de Oscar Wilde: la vida imita al arte. Los que alguna vez vieron algo con intensidad, guían nuestro distraído mirar.

También la fotografía, el cine, intensifican la realidad. André Malraux describe, en una novela sobre la guerra civil española. un bombardeo de Madrid. «Un inmueble - dice- ardía como en el cine, de arriba abajo; detrás de su fachada intacta con decoraciones contorsionadas, con todas las ventanas abiertas y rotas, y todos los pisos llenos de llamas que no llegaban a salir, parecía habitado por el Fuego».

-59-

Malraux había vivido el bombardeo. Sin duda había visto arder el edificio. Pero para creer en él y hacernos creer en él, dice: «ardía como en el cine». Tal vez no tuvo plena conciencia de la guerra hasta que la encontró parecida a una película de guerra.

1946

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo